

Terminado el libro, la figura del Condestable se recorta nítida en el turbulento período histórico a que perteneció, en la tragedia que vive su familia desde el día del Tribunal de Caspe y en el clima político de los reinos de Aragón, Portugal y Castilla.

MARÍA AMELIA ORLANDO

FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS: *La "Fides" ibérica*; EMERITA, XIV, 1946, págs. 128-209.

La fidelidad hispánica, viejo y siempre actualizado tema de la literatura y de la historia en el doble aspecto que presupone la tradicional lealtad de todos y cada uno de los españoles, presenta en los historiadores antiguos, junto a la afirmación de numerosos testimonios favorables, por extraño contraste, una faz negativa. ¿Volubilidad temperamental? ¿Inclinación partidista? Ambas hipótesis fueron propuestas, y en la búsqueda, que dura siglos, de una solución más satisfactoria y menos superficial, llegó a pensarse en alguna particularidad interna, desconocida por Roma, tal vez un tipo de *fides* especial, que pudiera, si no justificar, explicar por lo menos esos actos, en manifiesta contradicción con toda la trayectoria de la evolución ética hispana.

Rodríguez Adrados replantea el problema en el campo institucional, lo sitúa, por razones que expone, entre los siglos III a. C. y I de C., y considera para sus propósitos las dos formas en que esa fidelidad hubiera podido prestarse, a un estado o a un individuo.

En el primer caso —un pacto no personal— la explicación técnica y racional permite enfrentar los hechos con criterio más amplio y comprensivo. La solución de Livio —una *fides socialis*— no concuerda, dentro del sentir ibero, con la actitud romana (un aliado que no cumple sus compromisos); cabe más bien creer, al analizar la primitiva historia saguntina, que la resistencia a un enemigo propio, que las circunstancias convirtieron después en enemigo de Roma, y no una fidelidad extrema, sin razón de ser, fué la que llevó al suicidio a toda una ciudad, hecho no raro que también se repite en Astapa y Numancia.

Las deserciones de los aliados indígenas se justifican si, remontándonos a las relaciones de iberos y celtíberos con cartagineses y romanos, recordamos, con respecto a aquéllos, la primera actitud de Roma hacia los pueblos voluntariamente sometidos, su dominio y el posterior vuelco

de su política, y que la Celtiberia, aún más primitiva y nunca sojuzgada, tras una serie de guerras buscó, a pesar de sus éxitos, poner fin a una situación insostenible con una paz honrosa, que es otra forma de pacto.

La misma actitud de los mercenarios regionales tiene carácter de pacto, "cumplen bien sus obligaciones pero sin apasionarse por el partido por el que militan, pues cuando entienden que éste falta a sus compromisos son los primeros en abandonarle".

Se aclaran pues mutuamente el sacrificio de Sagunto, exaltado como prototipo del heroico cumplimiento de la fe empeñada, el abandono que hacen los peninsulares de su partido tras la derrota y la conducta de los mercenarios españoles en los ejércitos cartagineses y romanos. Todos cumplen pactos bilaterales típicamente hispanos, que encierran obligaciones y deberes que deben respetarse para ser respetados.

Del mismo modo, al tratar las relaciones personales bajo sus diferentes aspectos generales y particulares y al señalar las condiciones en las que solieron darse, si bien "la tónica de fidelidad se manifiesta más fuerte en los casos de adhesión a las grandes personalidades comunes a todos los pueblos primitivos" —nace así la clientela ibérica de ordinario entre gentes no del todo sometidas, espontáneamente, unas veces en prueba de gratitud, otras en señal de debilidad y casi siempre con muestra de admiración—, se llega a la conclusión del caso anterior, que surge sin remedio al tener en cuenta las características hispánicas. Es más: la influencia que una institución como la *deuotio* tuvo en Roma, muestra que España jamás empañó la tradición de que nos sentimos orgullosos.

No existen elementos extraños en los contratos; verdaderas traiciones no las hubo; la fe se rompe por determinados motivos, justos para el hispano; se mantiene hasta ciertos límites que fijan la época y la idiosincrasia de Iberia y Celtiberia; parece tener mayor arraigo en las relaciones de carácter personal, pero no se olvida en los otros pactos; y si no es usada en la alianza contra el enemigo común, Roma, es por los distintos factores histórico-sociales, a los que habrá que añadir, con el autor, para explicar el porqué de ese olvido, ese "orgullo particularista" que ha perdurado como característica hispana.

Tal la tesis presentada en la monografía de Adrados; arroja luz sobre otro punto oscuro de la historia y queda como un precedente que enfoca la raíz misma de un tema de vastas proporciones que merece ser considerado y estudiado en toda la rica multiplicidad de su posterior desarrollo.